

La fiesta de Navidad se acerca y deseo hacerme presente entre vosotros, mis queridísimos hermanos. No será esta una carta programática, ¡es necesario aún reflexionar! Con los hermanos Definidores estamos dando los primeros pasos y día a día nos vamos conociendo cada vez un poco más. Respetando siempre lo que manifestó el 83° Capítulo general, os comunicaremos lo que se querrá realizar durante el sexenio.



Carta de Navidad: 2006
fr. Mauro Jöhri
ministro general

lo tomó en brazos

Lucas 2, 28

¡Cojamos al Niño en brazos!

El tiempo de Navidad lo considero el momento más indicado para decirnos una primera palabra mía como Ministro general y cada uno de vosotros sabe cuánto llevaba esta fiesta en el corazón nuestro Seráfico Padre San Francisco. Años atrás me encontraba en nuestro convento de Lucerna y el guardián me pidió si estaba dispuesto a celebrar la Misa de Navidad para los hermanos ancianos. Acepté con gusto. La tarde del 24 de diciembre celebramos la misa a las veinte horas en el coro interior. Todo resplandecía con las luces de Navidad, pero más que nada resplandecía un precioso Niño Dios de yeso, casi a tamaño natural que estaba allí en el centro del coro. Durante la homilía hablé a los hermanos del gran don que el Padre nos había hecho enviando entre nosotros a su Hijo primogénito pero mientras hablaba me vino una intuición: ¿Por qué no hacer circular de mano en mano la estatua del Niño Jesús, invitando a cada uno de los presentes a estrecharlo durante un momento entre sus brazos? Ese niño tiene mucho que hacer con la historia de cada uno de nosotros. A decir verdad, nos ha hecho don de una llamada y nosotros le dijimos que sí y le entregamos nuestra

vida. ¿Qué es la vida religiosa sino la opción de hacer don a Dios en Cristo de toda nuestra vida? Justamente se habla de consagración, de una vida puesta a parte para él. ¿Por qué entonces no estrechar entre nuestros brazos aquel niño de yeso que nos recuerda a Aquel que hemos elegido como el Señor de nuestra vida? De esta opción proviene el sentido profundo y único de nuestra vida, de nuestra vida de consagrados.

Como San Félix de Cantalicio

Siguieron unos instantes densos de emoción. Era extraordinario ver a los hermanos ancianos coger al Niño entre los brazos y hacerlo con cuidado. Miraba a aquellas manos rudas y encallecidas, a veces deformadas por la artrosis, sin embargo, todas daban testimonio del trabajo de una vida de servicio a los demás. Manos de albañiles, carpinteros, mecánicos o bien las más delicadas del hermano portero o del que había dispensado la misericordia de Dios. Algunos de ellos habían estado durante largos años en misiones y habían construido escuelas e iglesias, habían conducido el camión, lo habían arreglado

a lo largo de la carretera cuando el motor se había estropeado, habían conocido el trabajo manual, habían desgranado numerosos rosarios. Ahora aquellas manos recibían al Niño y se lo acercaban al corazón para mecerlo un poco, para estrecharlo consigo mismo. Es un momento que recuerdo con gran intensidad. ¡Fue un momento de gran intensidad! Estrechaban consigo un Niño de yeso que hacía referencia a Aquel al que habían entregado su vida con la profesión religiosa. ¿Como no recordar al viejo Simeón, que cogiendo al niño entre los brazos, exclamó solemnemente: “Ahora, Señor, deja que tu siervo se vaya en paz” (Lc 2, 29)? Simeón lo tomó en los brazos después de una larga existencia gastada esperando de la salvación, mientras mis hermanos contemplaban a Aquel al que habían entregado su vida. En aquel momento, sin saberlo, toda la iconografía capuchina recobraba vida. Entre nuestros santos, uno sobre todo: ¡San Félix de Cantalicio! ¡Lo he visto siempre representado con el Niño entre los brazos!



“Recuerden que se han dado a sí mismos”

Durante el Capítulo general, apenas celebrado, de más de una parte se ha puesto de relieve la necesidad de proseguir el trabajo para traducir en la práctica cuanto se dijo en el VII CPO sobre nuestra vida fraterna en el signo de la itinerancia y de la minoridad. Al mismo tiempo, muchos se preguntaban con insistencia que la Orden se interrogue sobre la propia identidad. ¿Cuál es nuestro carisma? ¿Qué significa ser capuchino hoy? Preguntas sencillas y directas. Preguntas a las que ciertamente dedicaremos una profunda reflexión, continuando el trabajo ya iniciado por el que me ha precedido. Ahora no es

el momento para profundizar sobre este tema. Lo que quiero decir y lo subrayo con insistencia, es que cada uno de nosotros ha hecho voto de hacer de su vida un don a Dios y a la humanidad, a toda la humanidad. El don es lo que da sabor a nuestra vida de consagrados. Por eso os invito a coger entre los brazos al Niño Jesús -- lo haréis concretamente o espiritualmente, no importa - para representaros en la modalidad más concreta la realidad del don: Él entregado a nosotros y nosotros que nos damos totalmente a él. Me vienen a la mente las palabras de San Francisco en la Regla no bulada: “Y todos los hermanos, donde quiera que estén, recuerden que se dieron y abandonaron su cuerpos al Señor Jesucristo” (Rnb XVI, 10).

La concretización de nuestro don

En el Niño cogido entre los brazos de Simeón se advierte una dimensión de gran fragilidad. El Niño se da todo, sin reservas y esta parábola del don se concluirá con el gesto eucarístico de su cuerpo partido y de su sangre derramada por la salvación de todos nosotros en la cruz. No retiene nada para sí y todo lo da. Su modo de entregarse no conoce el límite sino el del Amor. Y sabemos que el Amor no pone nunca condiciones y no exige ningún “gracias”. ¡Cuánto quisiera que nosotros hermanos capuchinos, consagrados con la profesión religiosa, aprendiésemos a darnos de este modo, sin miedos y sin poner condiciones. Saberse dar así no está entre las cosas extraordinarias, sucede cada vez que se nos pide un servicio o incluso un solo traslado de un convento a otro. Sabemos cuántas veces esto nos da miedo, pero miedo ¿de qué? Miedo de afrontar lo que es desconocido, de tener que volver a empezar, de hermanos que nunca he visto. ¿Miedo de tener que sufrir un poco? ¿No es esto así? Pues bien, cuando uno se mira verdaderamente por dentro, ¿qué descubre dentro de sí? ¿El lugar del que no puede o no quiere separarse? ¿Las costumbres que se le han

vuelto queridas? Puede darse que encuentre todo esto, sin embargo, permaneciendo a la escucha, descubrirá sobre todo aquella actitud que ha desarrollado durante tantos años de servicio. Advertirá la riqueza interior adquirida prestando generosamente su servicio y de aquí tomará conciencia de estar en disposición de hacerlo en otra parte. Esta le acompañará en todas partes. el lugar de comprobar nuestro amor para con Dios, de nuestro darnos a él, permanece como el amor concreto llevado a los hermanos: “Quien no ama a su hermano, al que ve, no puede amar a Dios a quien no ve” (1 Jn 4, 20). Si la fraternidad es el lugar concreto de nuestro amor, no pongamos resistencia, no demos pasos hacia atrás, sino más bien dispongámonos a vivir aquella “obediencia caritativa” de la que hablan nuestras Constituciones (Const. nn. 164-167). No esperemos a que se nos diga qué tenemos que hacer. Tomemos la iniciativa para intervenir de manera constructiva por el bien de nuestra fraternidad cada vez que el Espíritu y un sano discernimiento nos lo sugieren. Esto nos conducirá a abrirnos a las necesidades de los pobres de nuestro tiempo y a encontrar formas eficaces de presencia en medio a ellos, en las periferias de nuestro mundo.

Gracias de corazón a Fr. John Corriveau

Terminando, deseo haceros partícipes de un breve pasaje de una carta recibida no hace mucho tiempo de nuestro amado y estimado Ministro general, Fr. John Corriveau. Me escribía en estos términos: “Servir a la Orden como Ministro general ha sido el don más grande de mi vida y una gracia de Dios. Dejo el servicio con

el corazón tranquilo y con gran esperanza”. Una cosa es cierta: Fr. John en todos los años que ha consagrado al servicio de la Orden como Ministro General, jamás ha dado un paso atrás. Se le veía en la cara la alegría de empeñarse en el bien de todos nosotros. Quisiera que un agradecimiento unánime por parte de todos nosotros le llegase también desde estos renglones. A él le debemos mucho y el modo como ha servido a la Orden nos recuerda cómo la alegría más verdadera y profunda se encuentra allí en la entrega completa y en confiar nuestra vida a la fraternidad, como la forma de profesión nos hace pronunciar.

Como los pastores y los magos vayamos también nosotros al portal y llevemos el don de nosotros mismos, nuestros cuerpos, nuestra disponibilidad para hacer un camino junto con la fraternidad y nunca separados de ella. Recordando las palabras de Jesús que dice: “Dad y se os dará: una medida buena, apretada, remecida, rebosante pondrán en el halda de vuestros vestidos. Porque con la medida con que midáis se os medirá” (Lc 6, 38). De ello se hace eco San Pablo cuando exhorta a los cristianos de Corinto: “Dios ama al que da con alegría” (2 Cor 9, 7).

Queridísimos hermanos, la alegría verdadera y profunda la saboreamos únicamente comprometiéndonos en un camino de fidelidad y de adhesión a todo lo que hemos prometido vivir, caminando junto a los hermanos que son nuestra fraternidad. Muchas veces se nos pide ir más allá de nuestras fuerzas, de nuestros proyectos, de nuestros deseos, pero, estoy seguro de ello, ¡Merece la pena vivir esta vida!

Os deseo con sencillez y de corazón una santa y feliz Navidad, un alto para retomar el camino con nuevas energías, enriquecidos con el don del “que todo entero se os entrega” (San Francisco, Carta a toda la Orden, 29).



Fr. Mauro Jöhri

Fr Mauro Jöhri,
Ministro general OFMCap



BICI • editore: Ufficio generale della comunicazione OFMCap • responsabile: Massimo Rosina
• collaboratori: Tutti i segretari della Curia OFMCap • edizioni: Italiano, francese, inglese, polacco,
spagnolo, tedesco, indonesiano, portoghese • impaginazione: Laura Stazi • grafica: UNIDEA Marketing
& Comunicazione

Periodico Mensile Pl. SPA - Abb. Post. DL 353/03 (Conv.in L.27.02.04 n. 46) Art. 1C.2 DCB - Roma, Taxe perçue - Tassa
riscossa-Roma Italia Autorizz.Trib. di Roma n.690 del 23.11.1990 Iscr. Reg. Naz. Stampa n. 4121 del 23.3.1993
Stampato in proprio

Curia Generale OFMCap
Via Piemonte, 70
00187 Roma · Italia
Tel. 0039.06.4620121
Fax 0039.06.4828267
E-mail: bici@ofmcap.org